



desde la
REGION

Nº 29

AGOSTO DE 1999

LAS ONG

DIRECTORRubén H. Fernández A.
Editora
Luz Elly Carvajal G.**JUNTA DIRECTIVA:**Jorge A. Bernal M.
Rubén H. Fernández A.
Clara Inés Restrepo M.
Marta Inés Villa M.
Rafael Rincón P.**COMITÉ DE REDACCIÓN**Alonso Salazar J.
Rubén H. Fernández A.
Sergio Valencia R.
Jorge Ignacio Sánchez O.
Luz Elly Carvajal G.
Javier Iván Toro V.
Juan José Cañas R.Calle 55 N° 41-10
Tel: 216 68 22 A.A. 67146
Medellín - Colombia**TRES LIBERTADES
BÁSICAS**

En medio del clima de polarización que vive nuestro país, tres valores fundamentales para la existencia de la sociedad se encuentran amenazados. Nos referimos a la libertad de organización, a la libertad de expresión pública y a la autonomía.

Es tan evidente como decir que, prácticamente todas las organizaciones colombianas, tienen sobre sí la presión, en muchos casos bajo amenaza, de apoyar a alguno de los bandos de la contienda y que el sólo hecho de no cooperar, los declara sospechosos de apoyar al bando opuesto. En el mismo sentido, el ejercicio de la crítica pública se ha convertido en una labor de alto riesgo, sea cual ella sea, pues, en lo que parecen coincidir todos los guerreros de este país es en no querer que se escuchen más que comunicados de guerra y explosiones. Cualquier cosa que no provenga de allí es puesta, literalmente, en la mira de alguien, lo cual es claramente contradictorio con lo que todos los actores armados, sin excepción, declaran en sus escritos. El asesinato de Jaime Garzón es el más doloroso e infame símbolo de lo que venimos diciendo.

Una de las paradojas que vivimos en la Colombia de hoy tiene que ver con lo que sucede a las ONG. En general, somos agrupaciones libres de ciudadanos y ciudadanas, que ejercemos justamente esos tres derechos: la organización para la solidaridad, la expresión pública del pensamiento propio y la autonomía. Una prueba triste de lo que ha generado su independencia es que, en su contra, expresan virulentos ataques tanto eximios representantes de los poderes tradicionales de este país, como las guerrillas, los grupos de auto-defensa y, en otros casos, diversas autoridades públicas.

Mientras en todo el mundo viene ganando importancia y reconocimiento la presencia de estas formas de organización de la sociedad, entre nosotros crece un ambiente hostil hacia su labor e, incluso, hacia su existencia. Es curioso, cuando estas instituciones se dedicaron exclusivamente a labores remediales de asistencia y caridad pública o a tareas claramente marginales, fueron toleradas, estimuladas y, aún, premiadas. Sin embargo, cuando hoy, acorde con los cambios contemporáneos que se viven en todas las actividades humanas, muchas ONG se toman en serio sus respon-

¿Qué terminaremos siendo?

Rubén Fernández A.Iglesias y ciudadanía,
es el tiempo para la paz**Jorge Ignacio Sánchez**La neutralidad activa:
Posibilidad para los civiles**Jorge Giraldo Ramírez**El conflicto bélico colombiano,
ambigüedad y terror**Ramiro Ceballos M.**La guerra sucia y el honor
de los guerreros**Alonso Salazar J.**Compromiso público de las
ONG**Ana Beatriz Ramírez**Carátula: Brughel (Frag.)
Ilustr. Interiores: J.R. Eyerman-Life
(pág 5-13), Hans-Jim Harter (22-24), G. B.
Nazari (25), G. d'Euphrates-frag. (27), Lucas
Cranach-frag. (29), The Complete Ency-
clopedia of Illustration-J.G. Heck (30-33).
Otras ilustraciones: S. Valencia.

EL EJERCICIO DE LA CRÍTICA PÚBLICA SE HA CONVERTIDO EN UNA LABOR DE ALTO RIESGO PUES, EN LO QUE PARECEN COINCIDIR TODOS LOS GUERREROS DE ESTE PAÍS ES EN NO QUERER QUE SE ESCUCHEN MÁS QUE COMUNICADOS DE GUERRA Y EXPLOSIONES

sabilidades públicas e irrumpen con pensamiento crítico y, sobre todo, independiente, entonces se convierten un blanco de crítica, descalificación e intimidación.

Una reflexión aparte merece la situación de las universidades públicas de nuestra ciudad, en especial, la de la Universidad de Antioquia, hoy convertida en campo de batalla y sometida a formas de presión y de lucha, que coartan o suprimen precisamente la libertad de pensar, de expresarse y de enseñar. No es imaginable una sociedad moderna y democrática sin universidad pública. Y ésta, no es posible sin el ejercicio libre del pensamiento y de la crítica. Lo que ocurre en los campus universitarios es muy grave para el presente y el futuro de la sociedad y de ello son directos responsables los bandos armados de la contienda, por sustituir allí, la lógica del argumento, por la de la pistola.

Colombia es un país que desestimula y persigue —a veces hasta el exterminio— cualquier liderazgo distinto del tradicional. En las ONG y en las organizaciones sociales se ha venido consolidando precisamente eso: actores nue-

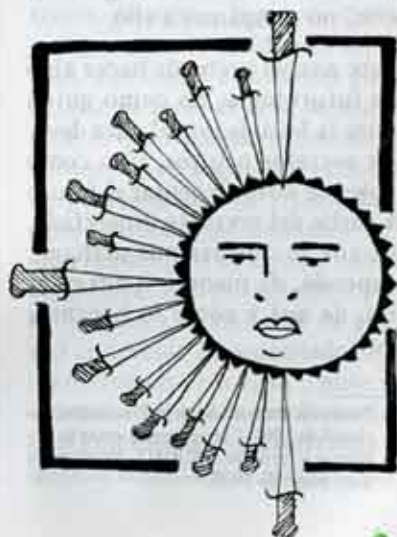
vos, con nuevas ideas, con pensamiento propio. Allí se ha venido acumulando un nuevo liderazgo social y civil. Esto que, en otros contextos es visto como signo de fortaleza social, en una sociedad como la colombiana, es muy difícil de aceptar por parte de aquellos para quienes la democracia y el pluralismo no son más que obstáculos a sus propósitos.

Ante este panorama la Corporación Región ratifica y explicita sus afanes: Nuestra búsqueda incansable de la paz mediante una solución política y negociada al conflicto armado, nuestra opción por la democracia en un marco de Estado Social de Derecho, nuestra búsqueda de caminos de desarrollo sostenible y equitativo y nuestra solidaridad con los más pobres. Con este horizonte —en el que nos sabemos acompañados por muchas instituciones hermanas y por muchos otros sectores organizados de la sociedad civil, hoy también amenazados, como el sindicalismo, los indígenas y los gremios—, creemos aportar para que Colombia, algún día, sea un país mejor para todos.

No rechazamos las críticas ni las controversias. Es más, creemos

que su existencia es una valiosa muestra de vitalidad de la sociedad. Pero es claro que, con la sensación de que desde todos los ángulos, hay armas que apuntan al que disiente, no hay el más mínimo ambiente para pensar y para construir.

Lo complicado es que las libertades aludidas, que son un bien público para el progreso de la sociedad y marcan la diferencia entre la barbarie y la civilización, son el soporte de una convivencia perdurable; su no existencia, se convierte en un veneno que todos, sin excepciones, nos vamos tragando a sorbitos. ◉



Escenarios presentes y futuros para las ONG*

¿QUÉ TERMINAREMOS SIENDO?

Rubén Fernández Andrade
Director General Corporación Región

El universo de lo que se ha denominado las organizaciones no gubernamentales es bastante amplio y diverso y seguramente así seguirá siendo. ¡Es deseable que así sea! Pero, ante los nuevos contextos globales y, ante nuestro entorno regional y nacional, el rol particular y el papel específico que nos toca desempeñar en la sociedad, es algo sumido en hondas incertidumbres. Todos los actores y agentes del mundo contemporáneo tienen profundamente cuestionado su lugar. Las ONG no escapamos a ello.

Este ensayo pretende hacer algo de futurología, no como quien mira la bola de cristal para develar secretos ocultos, sino como quien se atreve a pensar el futuro a partir del presente proyectado, ya que lo que seamos mañana, depende, de manera fundamental, de qué y cómo lo hacemos hoy.

Una nota necesaria tiene que ver con la diversidad de lo que somos las ONG. De hecho los retos y los cambios no se viven de la misma manera en una fundación empresarial, en un grupo de asistencia a la niñez o en una agrupación cuya misión es la profundización de la democracia. Aún así, hay un campo de preocupaciones común. Así pues, se hace necesario explicitar de qué esta-

mos hablando¹. ¿Qué creemos que distingue a una ONG?: Su carácter de organización civil, sin ánimo de lucro, instituida con motivaciones abiertas, solidarias y altruistas para el servicio a terceros. En cuanto a sus miembros, es de anotar que, en América Latina, las ONG han sido un lugar privilegiado para proyectos de sectores medios de la población.

QUÉ SÍ SOMOS	QUÉ NO SOMOS
Organización Civil	Grupos espontáneos
Afán de servicio a terceros	Gubernamentales o estatales
Reinvertimos las ganancias en las actividades (sin ánimo de lucro)	Instituidos para servir a los asociados u obtener beneficios para ellos (cooperativas o grupos de base).
Motivación abierta, solidaria o altruista	Empresas cuyo objetivo es producir incremento patrimonial para los dueños.
	Organización de "fachada" de otros

* Ponencia presentada en el Encuentro Nacional de ONG: Convergencia entre lo público y lo privado. PROCALL, Santiago de Cali, mayo de 1999.



**LAS ONG PRECISAMOS
DE CIERTO MARGEN
DE DISIDENCIA COMO
CONDICIÓN PARA EXISTIR**

HABRÁ MÁS ESPACIO PARA LAS ONG

No parece muy viable, aunque sí, imaginable, una sociedad futura sin ONG. En este siglo hemos presenciado varias formas de gobierno tremendamente hostiles a esta forma de organización que, de hecho, la han borrado del panorama: Algunas lo lograron al copar todos los espacios organizativos desde la institucionalidad oficial, como es el caso de los regímenes de partido único (estalinismo, fascismo, nazismo). Otros, como los regímenes orientados por la Doctrina de la Seguridad Nacional, por su absoluta intolerancia con cualquier expresión disidente, lanzaron a la clandestinidad o al destierro a las organizaciones que se ocupaban de asuntos de interés común². Estos son, sin embargo, regímenes que han demostrado su inviabilidad en el largo plazo y hoy están desapareciendo, aunque persistan en algunos puntos del planeta como rezagos del pasado.

Vista la experiencia del siglo XX, aparece claro que las ONG precisamos, en primer lugar, de cierto margen para la disidencia en la sociedad como condición para existir ya que, de una forma u otra, lo que hacemos se sale de lo común; y, en segunda instancia de posibilidades de visibilidad, pues, para cumplir nuestra misión requerimos de espacio público abierto. Incluso aquellos que se dedican a la atención de grupos concretos de necesitados sin "meterse en otra cosa", ante la exacerbación de la intolerancia, ven amenazada su existencia o quedan reducidos al silencio, que

es otra forma de sucumbir. Por esto a las ONG nos interesa la democracia como el ambiente más adecuado para desarrollar nuestra labor. Especialmente, si ésta es entendida como un sistema en el cual distintos grupos de población pueden expresar y obtener demandas o, en su función cultural³, como “un ambiente constructivo para la formación de valores” como la solidaridad, que son nuestro principal insumo de trabajo⁴.

A futuro, el espacio para las ONG parece ampliarse. Varias razones conducen a esta conclusión.

Un primer argumento, se relaciona con el hecho de que uno de los puntos comunes a la mayoría de los países del mundo, es el cambio hacia Estados “facilitadores”⁵, en sustitución del Estado de Bienestar, del Estado ejecutor o del Estado policía. Esto parece irreversible independiente de las valoraciones ideológicas o políticas que tengamos al respecto. Y será así, no sólo por prurito neoliberal, o por presupuestos insuficientes, sino porque se ha entendido que la sociedad civil tiene corresponsabilidad en la solución de la mayoría de los problemas relevantes de las sociedades contemporáneas y que allí hay unas energías que, adecuadamente estimuladas y canalizadas, son un capital insustituible para enfrentar los complejos retos del presente. Soportada en tal tendencia, se transferirán labores hacia actores sociales y particulares, entre los que las ONG tendremos un lugar.

Un segundo argumento, tiene que ver con la juventud. Entre los

jóvenes el desencanto con la política y, mucho más, con las organizaciones políticas, los lanza hacia formas de agrupación que caben más en el campo de las ONG, como todas las que rodean lo medioambiental, lo artístico o lo cultural.

Otro tercer factor que apoya esta tesis, es el incremento de la productividad de la sociedad y la vinculación masiva de la mujer al mercado laboral, dos de las grandes herencias que dejará este siglo a la historia humana, que tendrán una implicación decididamente revolucionaria sobre la organización de la vida de los seres humanos, que puede sintetizarse en que seremos sociedades con más tiempo libre. Si en el siglo pasado los trabajadores no veían nunca la luz del sol, en el siglo XXI tendrán jornadas laborales de 30-35 horas semanales. ¿Qué harán las personas con todo este tiempo a su disposición? Parece haber aquí dos grandes tendencias.

Una, que es la de recluirse en dinámicas exclusivamente individualistas en donde tendremos un sujeto solitario, sentado cómodamente en un sillón en su pequeño apartamento, con un monitor ultraplano al frente, comunicado instantáneamente con todo el mundo, con toda la información que requiera a su disposición, pero incapaz de saludar al vecino de al lado o de declarar su amor, cara a cara, a la joven que vio desde la ventana.

Existe también la tendencia a juntarse con otros, a dedicar una parte de ese tiempo a labores de

servicio a la comunidad, a acciones regidas por lógicas distintas a las de la competencia, para abrir campo a valores como la cooperación y la gratuidad. En muchos casos esta tendencia será una estrategia de supervivencia, pues, para una amplia capa de la población, el mayor tiempo libre no será más que simple y llano desempleo.

El canal para concretar la primera opción ya está entre nosotros y demuestra día a día su gran poder. El instrumento para concretar la segunda tendencia también está entre nosotros, somos las ONG. El primero es sobre todo un dispositivo tecnológico y comunicacional; el segundo es una herramienta social. Cada uno, presenta fortalezas y debilidades.

La anterior, es la versión más o menos optimista. Existe un segundo gran escenario que sería la continuidad y profundización de lo que ya hoy tenemos. Estaríamos a mediano plazo, sumergidos en una sociedad totalmente dual, con millones de excluidos dedicados a la supervivencia y una pequeña porción de la población, regada por todo el mundo, con niveles de vida y consumo inimaginados. Aunque esta es la tendencia actual, hay serios indicios de que, en el largo plazo es absolutamente insostenible económica, ambiental, social y políticamente, por lo que es de esperar que por unas razones, o por otras, de conjunto, el mundo se enrumben en el sentido de más democracia y más equidad. En este tránsito, no debiera haber dudas respecto a que a las ONG, nos toca cerrar filas al lado



**LA PRESIÓN DE
HACER NOS CÓMPICES
DE LA CORRUPCIÓN DENTRO DEL
ESTADO ES BASTANTE FUERTE**

de quienes propugnan por sociedades sostenibles en todos los campos.

Según estas nuevas tendencias, las ONG en el mediano y largo plazo, podemos convertirnos en atractivas expresiones sociales para diversos grupos de población especialmente de sectores medios y sectores populares. Lo que parece plantearse a futuro son sociedades más abiertas y, en ellas, las organizaciones autónomas de la sociedad civil, tienen un lugar de primer orden.

FUERZAS QUE HOY EJERCEN PRESIONES SOBRE NUESTRO ROL

Para dilucidar hacia dónde se dirigen las ONG es necesario echar una mirada a los lugares desde los que se ejercen presiones, y de qué tipo, respecto a lo que hacemos y lo que debemos hacer. En estos casos, lo que siempre está en juego es la constitución de la propia identidad, pero ésta, es siempre un diálogo entre el adentro y el afuera, nunca puede consistir en el ensimismamiento y siempre se pone a prueba en la relación con el entorno. Esas presiones de distinta naturaleza, a las que todos estamos sometidos, nos van moldeando en diferentes sentidos y son un buen lugar para indagar por las fuentes de nuestras transformaciones.

El contexto Internacional

Existe una generación de ONG en América Latina que nacieron internacionalizadas gracias a que sus fuentes de financiamiento

provenían fundamentalmente de agencias del norte. Hay un buen número de ellas que conserva esta característica y eso las hace especialmente sensibles a lo que pasa en el terreno internacional. Pero también existe una buena parte de aquellas que por diferentes razones no tuvieron este origen y en la actualidad mantienen una activa relación de coordinación, asociación y apoyo mutuo con ONG de otros países. Puede afirmarse que el sector, en Colombia, vive su propia apertura y su propia globalización, aunque tenemos grandes desventajas en este punto frente a otros países latinoamericanos como México o Brasil debido a que en el terreno internacional somos aún, muy poco significativos y nuestra vocación es tremendamente parroquiana.

Nuestra internacionalización no nos deja incólumes. Tiene importantes implicaciones, además de la exigencia evidente de "ver más allá del borde de nuestro plato". Desde nuestra lectura, son sobre todo dos:

En primer lugar, nos presiona a asumir la llamada "agenda global"⁶. Así, temas como la paz, los derechos humanos, el medio ambiente, la cuestión de género, la transparencia y el combate a la corrupción y el fortalecimiento de la democracia han venido convirtiéndose en cuestiones frente a las cuales el sector y cada ONG en particular tiene que dotarse de algún discurso. En ese campo, quedarse atrás se paga caro: con el aislamiento y la marginalidad. Esta presión es también por la coherencia con el conjunto de la

agenda y no sólo con cada tema aislado: Ya no es tan fácil por ejemplo propugnar por la defensa del medio ambiente y tener al interior prácticas discriminatorias hacia las mujeres o plantearse la defensa de la democracia y acceder a recursos de origen oscuro o mantener una acción paternalista. Estamos, en el mejor de los sentidos, ante una exigencia por la integralidad y la coherencia de nuestras posturas y comportamientos.

El segundo efecto, que ha tenido sobre nosotros el contexto internacional ha sido la presión para que ganemos en autosostenibilidad. No sólo porque los recursos para la cooperación con Colombia están de salida, sino porque, acceder a relaciones más horizontales exige superar la adolescencia en la manutención y asumir a cabalidad los costos de existir.

El Estado

En una época de rentas enflaquecidas como la actual, los Estados se ven enfrentados al dilema de unas demandas ciudadanas crecientes contra menores posibilidades de inversión. En este sentido no cabe duda que la prestación de ciertos servicios por parte de organizaciones no gubernamentales presenta grandes ventajas: no sólo es más barato, sino que, en general, el servicio prestado es de mucha mayor calidad y calidez. Aparece, sin embargo, la tentación de la ampliación de la cobertura bajo los mismos techos presupuestales lo que se convierte en una presión que se descarga sobre los contratistas. Entonces

las ONG nos vemos empujadas a bajar los costos afectando la calidad, abusando del voluntariado o -la peor vía-, remunerando mal a nuestros empleados.

Prestar servicios baratos con amplia cobertura es pues la invitación que nos proviene del Estado a cada minuto. Presión que nos ha obligado a incorporar la lógica de contratistas, a planificar con mayor rigor y a entender que no estamos solos en el mundo del mercado.

No tanto las estructuras estatales propiamente dichas, sino, especialmente los gobiernos, presionan para que todo lo que se haga vaya en la vía del plan de gobierno aprobado. Aquí hay una actitud política legítima, en el sentido de que cualquier gobernante está en el derecho de utilizar las herramientas de las políticas públicas para canalizar en ciertas direcciones la actividad económica y social. Lo que suele ser problemático entre nosotros es que, éstas, en general, se vuelven políticas excluyentes que desdeñan y hasta persiguen lo que no cabe dentro de sus propósitos. Y aquí sí estamos ante un problema, pues siempre existirán campos de intereses que queden por fuera de las prioridades gubernamentales y cualquier grupo de ciudadanos tiene todo el derecho de trabajar allí con plenas garantías.

Otra pretensión es la de acallar la oposición con la presión de la asignación de recursos. En esta trampa solemos caer las ONG frecuente e ingenuamente. No pocas seguimos pensando que, el silencio, es el costo de ganar



**¿POR QUÉ HABRÍAMOS
DE PENSAR QUE EL
TRATAMIENTO QUE ALGUNOS
GRUPOS POPULARES DAN A
LOS POLÍTICOS ES DISTINTO
DEL QUE DAN A LAS ONG?**

“contraticos”. Valga decir que, los bienes públicos debieran ser adjudicados con criterios de idoneidad, mediante procedimientos transparentes y públicos y no como plata de bolsillo del gobernante de turno; pero, además, que ha faltado mayor personalidad política de las ONG para demostrar que somos necesarias y más eficientes en algunos campos y que por lo tanto es a nosotros a quienes habría que contratar, lo cual no significa complicidad alguna con toda la política del gobernante. Mucho tenemos que aprender, tanto en el sector público, como entre las ONG, al respecto de construir relaciones de cooperación-oposición que no son, ni en un sentido ni otro, posturas incondicionales.

De otro lado, en este país, desde algunos servidores públicos, existe todo el tiempo la tentación, esta si no muy santa, de convertirnos en canal para desviar fondos públicos. La presión de hacernos cómplices de la corrupción dentro del Estado es bastante fuerte. Aquí hay un peligro enorme pues podemos auto-mordazarnos al no ser suficientemente claros ante este tipo de ofertas. Pero, además, la corrupción estatal se constituye en el grave riesgo de ir siempre en desventaja en cualquier licitación pública, pues es bien conocida la condición de los contratistas privados de nuestro mercado, para quienes la famosa “mordida” es ya sólo otro costo más de los muchos que tienen todos los contratos. Hasta donde conocemos, ninguna ONG es capaz de competir en estas condiciones.

El mercado

Es claro hoy que el mercado no es el demonio aquel que todo lo toca y lo pervierte y hemos comprendido que no es más que una de las formas de relación social más extendidas a lo largo de la historia. Sin embargo, exacerbado por las políticas de un liberalismo fundamentalista dominante en los últimos años, el mercado ha devenido la gran fuente de presiones sobre las personas y los grupos en el mundo actual. Aquí el mensaje es absolutamente claro y escueto: todo agente económico debe producir de manera eficiente, con alta calidad y a bajos costos.

En general, creemos que este es un reto interesante, que desmitifica una labor como la nuestra que siempre se autojustificó en sí misma. Ha parecido evidente e innecesario responder las preguntas sobre "¿para qué hacemos lo que hacemos?": "¿Por qué atender a unos niños huérfanos? Porque atender a niños huérfanos es muy importante". ¡Respuestas así, son sorprendentemente comunes entre nosotros! Estos horizontes de trabajo que no van más allá de la acción misma, vienen siendo demolidos sin piedad por el mercado. Atender a estos niños es muy importante, pero, si hay alguien que hace lo mismo, más barato, éste terminará desplazándonos del lugar de trabajo que creíamos seguro bajo el brazo. No es que no quepa más la solidaridad; por supuesto que ahora, como siempre, tiene un lugar fundamental que ocupar en las relaciones humanas. Pero solemos confundir los terrenos. Un gesto de apoyo a otros es algo dis-

tinto, en su naturaleza, del servicio permanente a terceros que es de lo que nos ocupamos las ONG. Esto último es una actividad profesional, sujeta a las presiones del mercado, por lo tanto obligada a reducir costos y elevar la calidad. Valga repetir que en Colombia tenemos la fea costumbre de hacernos competitivos por la vía más mezquina que es la de pagar malos salarios. Esta competitividad, que bien se ha denominado "espúrea", tarde o temprano nos conduce a la quiebra, ya que siempre habrá alguien dispuesto a trabajar por menos. En el campo de lo social, el conocimiento y el saber acumulado serán también la clave para ganar competitividad en un mercado cada vez más envilecido. La vía de ofrecer servicios caritativos baratos, cuya única fortaleza es la buena voluntad, terminará siendo borrada por el mercado.

Otro campo, al que nos vemos lanzados por las lógicas del mercado, es el de cubrir los sectores ubicados en los márgenes, en donde no son esperables altos niveles de rentabilidad económica. Esto no es extraño para las ONG y no es, en sí mismo, un asunto bueno o malo. El peligro radica en que el trabajo en el margen puede sumirnos en prácticas remediales que no aportan ninguna solución, más allá de nuestra propia supervivencia como organizaciones. Este trabajo en los márgenes de la sociedad, siendo absolutamente necesario, para nada tiene que ser algo marginal. De hecho, la lucha debería ser para que esta acción se convierta en algo central de las políticas

públicas. Las pobreza críticas, mientras existan, serán un problema crucial para la sociedad. Las ONG que estemos allí, tenemos el deber de pensar y actuar en tal sentido.

Los medios de comunicación

Ningún individuo u organización escapa ya en el mundo actual a la presencia e influencia de los medios masivos de comunicación. Bien sabemos que las legitimidades públicas provienen hoy fundamentalmente de allí. En cuanto a lo que significa esta irrupción para nuestro trabajo, ubicamos tres exigencias que se suman a las ya mencionadas: la claridad, la agilidad y la visibilidad.

Bajo la máxima de que aquello que no está hoy en los medios, sencillamente no existe, las ONG hemos introducido cambios que en la gran mayoría se sintetizan en la creación dentro de nuestros organigramas de equipos especializados en la comunicación de lo que somos y hacemos. Pero todos sabemos que este asunto va más allá y nos vemos ante el reto de incorporar nuevos lenguajes y nuevos estilos de hacer las cosas de tal manera que sean claros para el conjunto de la población y ya no sólo para el público cautivo que solíamos tener a nuestra disposición, que nos permitan colocar en la opinión pública mensajes y contenidos de nuestro interés que, por lo mismo, tienen que ser ágiles y sencillos, todo esto para intentar mantenernos visibles ante la sociedad y alimentar la legitimidad



**LAS ONG
SOMOS Y SEREMOS
TAN DIVERSAS
COMO DIVERSA ES
LA SOCIEDAD CIVIL**

de los propósitos y acciones de nuestro trabajo.

No pocas ONG se resisten a esta presión pues han visto en la invisibilidad y en el silencio las claves del éxito de su trabajo. Hoy sabemos que esto, si bien se fundamenta en un presupuesto ético válido que es el de no aparentar lo que no se es, puede convertirse en una forma de suicidio. Valdría la pena mirarlo desde otro punto de vista: la visibilidad es una exigencia interesante, pues esta apertura, al mismo tiempo significa que hay mayores posibilidades de control social sobre nuestra labor, lo que nos viene bastante bien.

Las propias comunidades

Desde las comunidades con quienes trabajamos pueden ubicarse dos tendencias en cuanto a lo que demandan de nosotros.

Una muy fuerte aún, es la invitación a ser más y más paternalistas y a suplir todo el amplio conjunto de demandas que tiene cualquier grupo empobrecido, lo cual se convierte en una trampa de la que es difícil escapar, pues los campos de necesidades humanas son muy vastos. Cualquiera que sea la vía de entrada a una comunidad: un desastre, una decisión institucional, un contrato o una demanda comunitaria, si se plantea desde el comienzo como una relación paternalista, terminará desbordando las posibilidades de quien la promueve, pues el panorama de necesidades y exigencias será creciente: al comienzo la necesidad puede ser la

vivienda, mañana la dotación de la misma, luego los servicios, la alimentación, el estudio de los niños, etc., etc. En esto hay que despojarse de voluntarismos, populismos y demagogias y decirlo con claridad: por una lado, socialmente ninguna ONG puede, ni le corresponde, echarse al hombro, cual padre bondadoso, la satisfacción del conjunto de necesidades de un grupo de personas, pero, además, entre los sectores populares de este país, se han formado ya hábiles sujetos que se aprovechan de esta situación para el beneficio personal, entre otras cosas, porque su escuela fue el clientelismo político del que han vivido por décadas. ¿Por qué habríamos de pensar que el tratamiento que algunos grupos populares dan a los políticos es distinto del que nos dan a nosotros? El gran problema de esta forma de relación es que envilece a todas las partes. A unos porque los eterniza como mendicantes dependientes de otros para sobrevivir y, a los otros, porque los desnaturaliza en su papel y los limita en sus posibilidades de acción.

Una segunda, es la de encontrarse con sujetos constituidos o en proceso de constitución, especialmente grupos de base, con los cuales se debe entrar en negociación y acuerdos para desarrollar acciones que interesen a ambos. Suelen ser relaciones tensas, como cualquier relación entre sujetos constituidos pero, sin duda alguna, mucho más enriquecedoras para ambos. Este tipo de intercambio tiene la ventaja de que promueve comunidades con mayores capacidades para asumir

sus propias agendas, al mismo tiempo que nos exige poner sobre la mesa nuestras apuestas, asumirnos nosotros mismos como sujetos con opiniones, necesidades e intereses, es decir, comportarnos como actores sociales.

Entre los grupos de base de este país también se vive un cambio profundo. Bien vale la pena que, como gremio que tenemos para con ellos una solidaridad estratégica, contribuyamos, desde lo que nos toca, a consolidar su ciudadanía política y su presencia pública autónoma.

La costumbre

La costumbre, una de las fuerzas más poderosas de la cultura, es otro de los campos desde los cuales se ejercen presiones sobre nuestro rol. Se trata de la usanza con la que se han hecho las cosas durante años, de lo que tradicionalmente se espera que diga y haga una ONG. Como bien sabemos, este es uno de los obstáculos más duros de superar y que se ve cotidianamente esgrimido como argumento paralizante: “¿Por qué habríamos de cambiar si siempre lo hemos hecho así?” es una de las máximas que mantienen, como as bajo la manga, muchos miembros de nuestras juntas directivas que quieren conservar sus instituciones como retrato fiel del origen.

Hay en nuestras costumbres, varias herencias críticas. La primera de ellas, nos lega el que no debemos intervenir en política y debemos limitarnos a lo que directamente incumbe a nuestros destinatarios, pues señala que la po-

lítica es mala y que lo más conveniente es ser “apolítico”. Y lo segundo, nos invita a entender y desarrollar nuestra acción como una relación asimétrica entre unos que tienen y pueden y otros que ni lo uno ni lo otro. Como ya hemos dicho, este par de conceptos van en contravía de las tendencias y necesidades actuales, que nos imponen el interés por la democracia y las cuestiones públicas y la necesidad de contribuir a constituir a los destinatarios de nuestra acción en interlocutores críticos, incluso, de nosotros mismos.

Hay en la costumbre otra característica histórica que es bien importante resaltar y preservar: la honestidad en los manejos de recursos de las instituciones. Nos referimos, por supuesto, a aquellas entidades que son en realidad ONG y no a las que son simples figuras jurídicas para el testaferrato y la desviación de fondos. Por fortuna, hasta ahora, en general, puede decirse que las ONG colombianas son un sector que se ha preservado de los manejos corruptos destinados al lucro individual.

NUESTROS PERFILES EN EL FUTURO

Dadas las presiones ya mencionadas, la pregunta a hacerse es la de “¿qué terminaremos siendo las ONG en este panorama?” Como ya dijimos, somos y seremos tan diversos como diversa es la sociedad civil. Hay, sin embargo, algunas grandes tendencias que nos arrojan a todas y que configuran varios escenarios posibles.



**HAY VARIAS
HERENCIAS CRÍTICAS:
...QUE NO DEBEMOS
INTERVENIR EN POLÍTICA Y
DEBEMOS LIMITARNOS A LO
QUE DIRECTAMENTE INCUMBE
A NUESTROS DESTINATARIOS**

Oficinas especializadas prestadoras de servicios sociales

Ante la carencia de apoyos externos y una bajísima capacidad para recolectar fondos suficientes para financiar la actividad, muchas ONG podemos terminar convertidas en oficinas coordinadoras de recursos humanos calificados, que, con el afán de conseguir lo necesario para sobrevivir, prestan servicios de carácter social. Estamos ante un escenario en el que existirá un nicho de mercado que será copado por ONG en competencia abierta con una enorme cantidad de asociaciones, grupos y cooperativas de profesionales sin empleo y, es lo más seguro, en un ambiente de envilecimiento de la remuneración y la actividad.

Nuestra fortaleza en este escenario podrá ser la experiencia acumulada y el hecho de no poseer ánimo de lucro. El gran riesgo es perder, en la angustia del día a día, el ánimo de servicio a terceros que nos ha caracterizado y una perspectiva social y política de largo plazo para lo que hacemos, que nos diferencie del simple prestador de servicios a destajo.

Este es propiamente un escenario de desaparición de las ONG del estilo que venimos hablando, al terminar convertidas en un agente más del mercado.

Canalizadores de intereses comunes específicos

Una sociedad con más tiempo libre será una sociedad preocupada por cuestiones de muy diverso tipo: la defensa de un parque, la

preservación de la memoria de un hecho o de un personaje, el apoyo a los niños disléxicos del barrio tal y un larguísimo etc., serán posibilidades a mano que requerirán de ONG para su canalización. En otro sentido, el enriquecimiento de la vida individual, mediante la acción colectiva, tendrá seguramente ocupada la energía de grupos significativos de población: proveerse de educación adecuada, de salud personalizada, de espacio público, expresarse artísticamente o cuidar los niños, se hará más barato y más cercano a los deseos de la gente mediante organizaciones con ese fin específico. La existencia masiva de este tipo de organización es, en sí misma, un síntoma claro de vitalidad y salud en una sociedad. Por su naturaleza, serán instituciones preocupadas por porciones de interés común y esto las hace fundamentales en la profundización de la democracia y proclives a asumir la defensa de bienes colectivos.

En este escenario será vital el papel del gremio, como prestador de servicios y como movilizador-coordinador de su fuerza social, pues, a pesar de su diversidad, tendrán una franja amplia de intereses comunes que defender en el ámbito público y, en especial, frente al Estado.

Promotores del ejercicio de una ciudadanía plena —

Y una tercera posibilidad tiene que ver con asumirse, desde la misión institucional, como grupos humanos que canalizan lo mejor de las energías sociales en torno al ejercicio de una ciudadana

plena y responsable, en canalizadores de la solidaridad para con otros necesitados y en activos promotores de la vida cívica y defensores del interés común.

Ante el hecho histórico de que la desigualdad es una condición social y política presente en toda la historia, es pensable que una parte de las organizaciones no gubernamentales sigan dedicando sus esfuerzos a ayudar a personas que se encuentran en situaciones de carencia y cuya pobreza se constituye en un reto común: enfermos, migrantes, damnificados por desastres naturales u ocasionados por la actividad humana, en general, los excluidos de la sociedad, moverán mentes y corazones solidarios y precisarán de ONG para canalizar esta vocación.

En este punto caben dos maneras bien distintas de entender esta actividad: el simple y llano paternalismo o la solidaridad. Ambas tendrán su lugar aunque el primero, como ya dijimos, cada vez más marginal y cuestionado tenderá a quedar reducido a cuestiones puntuales.

En el segundo caso, será fundamental la explicitación del interés por ayudar a remover las causas estructurales que dan origen a la exclusión que los ocupa. Esto implica dotarse, además de instrumentos idóneos para atender a las personas en situación de exclusión, de herramientas para el análisis y la promoción del debate público, que significa que las ONG deberán tomarse en serio su propia ciudadanía política, su calidad de actores sociales y políticos.

Pero además estarán en el menú, la educación ciudadana, las actividades del control ciudadano como las veedurías a la gestión de los gobernantes, las ligas de consumidores y usuarios, los grupos de presión para la elaboración de políticas públicas o la defensa del medio ambiente.

El ejercicio de alianzas, coaliciones, consorcios y todo tipo de relacionamientos estables, serán una necesidad en este escenario, buscando precisamente la eficacia política de la acción.

En los tres casos, el voluntariado y la generosidad seguirán como una fuerza enorme a movilizar y como el principal capital de las ONG. Sin embargo, esto deberá armonizarse con la existencia de equipos profesionales de trabajo de altas calidades que se constituyen en el soporte técnico y operativo de la misión.

Los cambios pueden sernos inducidos a nuestro pesar por las enormes fuerzas que detallamos en la primera parte. O podemos tratar de definir nuestra vocación desde dinámicas internas y tratar de dirigir hacia allá nuestras transformaciones. En no pocos casos, venimos de una tradición de autismo, que será difícil de romper y que nos frena a la hora de los cambios. Pero pesa sobre nuestra cabeza, una filosa espada de Damocles, queramos verla o no, que tiene grabada en su hoja la inscripción: "llegó la hora de cambiar".

Debo hacer una triste aclaración final. Todas estas consideraciones, parten de la base de que en el mediano plazo, la sociedad colombiana habrá sido capaz de re-



**LA GUERRA, ESA DIOSA
OMNIPRESENTE, NOS
SEGUIRÁ PONIENDO COMO
TAREA CENTRAL, LA PAZ Y
LA SUPERVIVENCIA, Y EN EL
CAMINO, PRESENCIAREMOS
LA DESAPARICIÓN DEL
SILENCIAMIENTO DE
MUCHAS ORGANIZACIONES.**

solver el problema anacrónico de su confrontación armada interna. De no ser así, la guerra, esa diosa omnipresente con capacidad de hacer girar todo a su alrededor, nos seguirá poniendo como tarea central, la paz y la supervivencia y, en el camino, presenciaremos la desaparición o el silenciamiento de muchas organizaciones y la muerte o el destierro de sus dirigentes, bajo los fundamentalismos e intolerancias de cualquiera de las partes en armas. 

NOTAS:

1. VILLAR, Rodrigo. Defining the nonprofit sector: Colombia. Working Papers of the Johns Hopkins Comparative Nonprofit Sector Project. No.29, 1998
2. Esto, bajo el supuesto de que sólo el Estado o el ejército, como únicos portadores verdaderos del interés nacional, podían ocuparse de tales asuntos.
3. SEN, Amartya. Democracy as Universal Value. Keynote Address at The Global Conference on Democracy. Feb. 1999
4. En el reciente encuentro internacional "Construyendo Un Movimiento Mundial Para La Democracia" (Delhi, Febrero de 1999) con la presencia de personas de más de 85 países de todo el mundo, una de las conclusiones que aparecía evidente era que, las organizaciones no gubernamentales vienen jugando un papel fundamental, en la lucha por la ampliación y la profundización de la democracia en el mundo actual.
5. En este punto es necesario aclarar que esto no es equivalente a relevar al Estado de todas sus responsabilidades o reducirlo a su mínima expresión, para dejar en libertad a las fuerzas del mercado. Se trata más bien, de fortalecerlo sacándolo de esferas de actividad en las que los particulares pueden ser más eficientes y poner el énfasis en aquellas funciones claves para la sociedad como la prestación de servicios de seguridad y justicia, la regulación de la prestación de servicios públicos, la inspección y vigilancia de la prestación de los servicios de salud y educación, la erradicación de la pobreza, la prevención de inequidades y monopolios, etc.
6. GARAY, Luis Jorge. La transición hacia la construcción de sociedad. Reflexiones en torno a la crisis colombiana. Santa Fe de Bogotá, marzo de 1999. Fotocopia

Iglesias y ciudadanía

ES EL TIEMPO PARA LA PAZ

Jorge Ignacio Sánchez Ortega*

Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo: un tiempo para nacer, y un tiempo para morir; un tiempo para plantar, y un tiempo para cosechar; un tiempo para matar, y un tiempo para sanar; un tiempo para destruir, y un tiempo para construir; un tiempo para llorar, y un tiempo para reír; un tiempo para estar de luto, y un tiempo para saltar de gusto; un tiempo para esparcir piedras, y un tiempo para recogerlas; un tiempo para abrazarse, y un tiempo para despedirse; un tiempo para intentar, y un tiempo para desistir; un tiempo para guardar, y un tiempo para desechar; un tiempo para rasgar, y un tiempo para coser; un tiempo para callar, y un tiempo para hablar; un tiempo para amar, y un tiempo para odiar; un tiempo para la guerra, y un tiempo para la paz.

Eclesiastés, capítulo 3

Identificar los tiempos y saber moverse en ellos; comprender los retos del hoy para la construcción de la sociedad digna, justa, democrática y pacífica que soñamos; y dibujar el hombre que esta nueva sociedad demanda, son tres puntos de identidad entre las llamadas ONG¹ y las Iglesias².

Hoy, desde nuestra condición de cristianos comprometidos con el anuncio del Evangelio, queremos adelantar unas ideas sobre los nexos, afinidades y retos comunes que implican un cambio mutuo de

actitud y posibilitan acercamientos entre ambas expresiones de la sociedad civil.

Si algún resultado se esperara tras la lectura de estas líneas, sería el replanteamiento, por buena parte de Iglesia Evangélica, de la manera de entender nuestro compromiso con la ciudad y la sociedad en las que nos ha tocado vivir.

Los escenarios comunes

Grosso modo, las organizaciones sociales para el desarrollo se enfrentan hoy al reto de trabajar en tres direcciones:

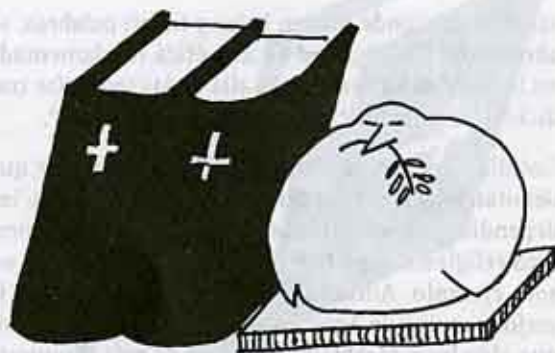
La construcción de una democracia radical o profunda; esto es, acercar el ciudadano al Estado, mediante la búsqueda de procesos de democratización de las instituciones políticas y de la sociedad civil, así como la consolidación de actores sociales con presencia pública.

La participación social organizada en la definición y ejecución de políticas públicas locales y nacionales, en un marco de descentralización administrativa y ampliación de la participación ciudadana.

La construcción de ciudadanos y de ciudadanía, mediante el diseño, aplicación y ampliación de experiencias educativas de diverso orden; éste último aspecto, vital para el desarrollo de una sociedad democrática y pacífica, juega un papel primordial.

Tales líneas de acción se apoyan en diferentes formas de movilización y presión social con distintas organizaciones en torno de problemáticas concretas (secuestro, tragedias, reformas políticas).

* Comunicador Social. Miembro de la Comunidad Cristiana SHALOM. Integrante del Comité de Derechos Humanos del Consejo Evangélico de Colombia CEDECOL. Socio de la Corporación REGIÓN.



En síntesis, las organizaciones sociales para el desarrollo dibujan **proyectos de sociedad** marcados por un anhelo de justicia, equidad, participación, solidaridad y amplias posibilidades democráticas.

Coyunturalmente, unas u otras serán las prioridades. Hoy, el eje democrático cobra mayor vigencia, pues la *refundación* institucional que significó la Constitución de 1991, y que abrió el espectro político y parcialmente modificó las relaciones de poder, necesita consolidarse, profundizarse, radicalizarse.

Como iglesias nos identificamos con esos objetivos. Es un imperativo para nosotros trabajar por la paz y el bienestar de la ciudad y donde estamos³, esfuerzo que no se limita a la esfera institucional y política. Si bien alcanzar esa democracia radical se traducirá en instituciones "radicalmente democráticas", la tarea demanda de hombres y mujeres que encarnen ese sueño hoy.

El ciudadano para esa sociedad

Como Diógenes, la sociedad busca hoy ese ciudadano capaz de afectarla y enrutarla hacia niveles aceptables de convivencia. Sangre, intelecto, tinta, papel y muchas horas ha costado la *construcción* de ciudadanos responsables, tolerantes, amantes de la justicia, solidarios, sujetos de la historia... Y ustedes saben más sobre los bosquejos que en la historia se han hecho del *hombre nuevo*.

No puede esperarse tal efecto en la sociedad, sin que el individuo afecte radicalmente su propia vida. Muchos prgoneros de la *nueva Colombia*, ciudada-

nos con responsabilidad institucional, niegan con su vida lo que dicen es *su proyecto*; pretenden transformar las estructuras sociales y son incapaces de transformar una sola vida, su propia vida.

El trabajo por la paz y el bienestar integral, y la oración reverente, son dos aspectos del ciudadano cristiano⁴. En muchas iglesias evangélicas, tal vez en la mayoría, es común *interceder* más que *hacer*; y en muchas organizaciones sociales para el desarrollo la relación se invierte, se "hace mucho y muy bien", pero *interceder* no está en la agenda, Dios no está en el organigrama ni en la política de alianzas.

Un ciudadano mutilado

La pregunta por ese alguien que haga algo e interceda, por el hombre, se ha limitado al *ciudadano*. Es una clara y excluyente referencia al *político*; la dimensión de su relación vital con el Creador se desconoce o se cambia por una *espiritualidad ritualista*, centrada en los astros, los aromas y colores, las piedras y *las energías*.

Dicho de otra manera, muchos de ustedes, lectores, deben sonreír a esta altura del texto: "¿Invocar a Dios para la construcción de ciudadanos?". Y muchos de nosotros, cristianos, evadimos la reflexión sobre la posibilidad de una ética social cristiana, en el sentido de las exigencias para asumir nuestro papel en la sociedad de hoy, embarcada en la búsqueda de la paz.

Una actitud ética de este corte implica un gran costo (es más a lo que se renuncia que lo que se gana); es un gran reto (pocos lo hacen y se mantienen); y tiene una vigencia indudable (en medio de la orgía

sangrienta, donde sobran balas y faltan palabras, se abre paso la posibilidad de una ética fundamentada en la persona de Jesús, más allá de las teologías tradicionales o de las teologías de la liberación)⁵.

Cotidianamente, nos enfrentamos a *empresas* que denotan la despreocupación por esta dimensión, independientemente de que en ellas participen hombres religiosos. Con bombo y platillos, para citar un solo ejemplo, Antioquia está empeñada en ser “la mejor esquina de América en el año 2020”. A menos que algo haya cambiado, al frente de esta propuesta está el mismo *paisa* que trajo a esta tierra hasta el atoladero en que se encuentra. El mismo modelo de actuación cultural, el mismo esquema de relación económica y social, el mismo viejo *paisa* injusto, agresivo, excluyente y acumulador, pretende, en los próximos 20 años, convertir estas montañas llenas de desplazados en la mejor esquina de América, justa, pacífica, educada, pujante y en armonía con la naturaleza.

Nuestro interés es, entonces, por el hombre integral que construirá la sociedad sin olvidar su dependencia de Dios. No nos interesa, por sí misma, una sola faceta, así represente grandes avances desde la teoría política.

Un perfil

Es un hombre que se ocupa de servir. El reto está en encontrar formas de servicio efectivas y socialmente relevantes, esto es, articular la preocupación por los individuos necesitados con la urgencia de transformar las condiciones que los privan de lo básico. Entre *lo básico*, contamos las variables que permiten hablar de vida digna, vigencia plena de los derechos humanos, y espacios propicios para el desarrollo político (tomar parte, decidir, construir y decir su palabra). Muchas veces “nos situamos en una cima imaginaria para que se destaque nuestra arrogancia, y nos rodeamos de símbolos creados por la sociedad, para mantener grandes distancias con las mayorías y competir sólo con los que tienen la osadía de imitarnos: algunos se suben sobre la cruz sólo para verse más altos”⁶. Léase también, en lugar de *la cruz, el discurso, el proyecto, la ONG...*

Es un hombre compasivo. Procura corregir las injusticias que resultan de los desequilibrios sociales; el compromiso con la conquista de la justicia social, ser solidario, es inherente a su condición de cristiano.

Es un hombre pacífico. No apoya actos de violencia y menos aún los protagoniza. En cumplimiento de su misión profética, denuncia, propone, construye relaciones armónicas entre los hombres, y ama profundamente la vida. Sabe que las armas de los hombres enfrentados en diferentes conflictos, se transformarán en herramientas para el trabajo y nadie volverá a tomar las armas contra alguien, ni a recibir instrucción para la guerra⁷.

Es un hombre que perdona. Confía plenamente en que, por la gracia, es posible un giro de 180 grados en la vida de quienes viven en, por y para la injusticia⁸.

Es un hombre con esperanza, alegre. Canta de alegría y se deleita con la seguridad de que su llanto será cambiado por un gozo mayor que su dolor⁹.

Su solidaridad con los que sufren, su lucha por la justicia, su acción creativa y su carácter servicial y perdonador, lo hacen portador de la buena nueva, del Reino de Dios que se ha acercado.

De aleluyas a embajadores

Desde hace algunos años se presenta para el pueblo cristiano un cambio radical de escenarios de actuación.

Esto se debe a factores externos a la Iglesia, como la dinámica social marcada por la búsqueda de la paz, la innegable pérdida de credibilidad en sectores tradicionales de opinión, el agotamiento del Estado confesional, la irrupción de nuevos factores y sectores de poder y la transición hacia una sociedad global.

Y obedece también a factores internos de la comunidad cristiana: la necesidad de impactar la sociedad en la que está inmersa y salir de los edificios para ocupar los lugares sociales que reclaman su presencia. La exigencia imperiosa de asumir formas y maneras de hoy para ajustarse a las circunstancias actuales sin renunciar a su papel fun-

**MUCHOS PREGONEROS DE LA «NUEVA COLOMBIA»
PRETENDEN TRANSFORMAR LAS ESTRUCTURAS
SOCIALES Y SON INCAPACES DE TRANSFORMAR
UNA SOLA VIDA, SU PROPIA VIDA.**

damental: anunciar el Evangelio de Cristo a las naciones.

Los nuevos escenarios para nosotros son la acción política parlamentaria, la interlocución con diferentes actores sociales como parte de la sociedad civil, y específicamente en la búsqueda de la Paz, representar en los organismos pertinentes "a las confesiones religiosas diferentes de la católica".

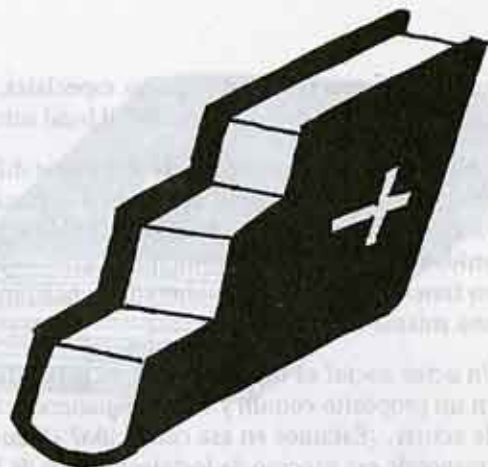
El parlamento, la sociedad civil protagonista y la representación, sin duda alguna son espacios retadores que distan mucho de nuestra tradición. En ese contexto la pregunta, con mucho sabor a desafío, desde afuera y desde adentro, es ¿Qué tienen para decir los evangélicos en materia de paz? Sencillo, pero no tanto. Sencillo, si esgrimimos un versículo; no tanto, si nos asomamos al escenario social en que estamos inmersos.

El escenario y los retos

Un país con gran necesidad de paz social y espiritual, se ha embarcado en la búsqueda frenética de ese Estado que todos suponemos propicio para la realización de los proyectos de desarrollo y progreso individuales y colectivos.

En este proceso se están rompiendo los esquemas. Y es necesario que miremos a nuestro interior qué prácticas y esquemas es necesario superar para lograr una presencia social efectiva, no decorativa y formal.

Desde la llegada de Cristóbal Colón a América Latina, en nuestra historia de guerra y paz han estado



presentes las iglesias; a veces como víctimas de la inquisición y de la intolerancia, como protagonistas de la guerra, o como soportes para determinados sectores de poder.

Esa presencia de las iglesias no necesariamente coincide con la presencia de la Palabra de Dios; podemos señalar que en una u otra instancia o posición está un sacerdote de tal iglesia, pero pocas veces que desde allí, la Palabra de Dios esté alumbrando a la sociedad. Vivimos rodeados de violencias de todo tipo; y son muchos los esfuerzos humanistas para superarlas. El medio está repleto de iglesias y denominaciones pero carece de la palabra de vida y esperanza.

Actuar allí, implica varios retos para la iglesia cristiana evangélica: Fortalecerse como actor social, entender su papel y ofrecer, en lugar de demandar.

Fortalecerse como actor social

Pero... ¿quiénes son *los evangélicos*? Esta pregunta aparece siempre a la hora de contar con nosotros para servir al país en áreas específicas. ¿Quién los representa? ¿Qué unidad organizativa tienen?

Y al tratar de responder estas preguntas aparece nuestra primera gran debilidad: somos distintísimos, a pesar de lo igualitos que nos ven... Y gracias a Dios por la diversidad... pero es necesario trabajar bastante para que sea posible la unidad en esa diversidad.

Podríamos decir que hoy el pueblo cristiano se organiza en denominaciones, asociaciones regionales y confederaciones nacionales, amparadas en buen

número por personerías jurídicas especiales, según la ley vigente... y con esa formalidad legal actuamos.

Pero la realidad diaria permite constatar dificultades grandes cuando pretendemos estar “unánimes juntos”. Y los escenarios de hoy nos piden actuar en unidad. De ahí nuestra principal y gran debilidad: no tenemos un accionar coherente, encaminado en una misma dirección.

Un *actor social* es fuerte e incide si está articulado en un propósito común y en unas maneras y formas de actuar. ¿Estamos en esa condición? ¿A quién corresponde ese proceso de fortalecimiento de la Iglesia como actor social? Pues a nadie distinto de la iglesia misma.

Ha rondado mucho en los estudios al respecto, una palabra difícil de manejar y de asumir, sobre todo en una *organización* tan diversa y *liberal* como la que se perfila en la vertiente protestante del cristianismo. Se trata de *institucionalidad*.

Hoy contamos con *iglesias cristianas*, organizadas en *denominaciones* que tienen en general un buen nivel de unidad interna; le siguen en importancia organizativa las *asociaciones* municipales o distritales, espacios supradenominacionales de coordinación para actuar en un territorio específico; y confluimos, la mayoría, en la instancia nacional, el Consejo Evangélico de Colombia —Cedecol—.

Las asociaciones locales y la confederación tienen grandes dificultades a la hora de buscar la unidad en la acción eclesial para impactar la sociedad, dando como resultado un sinfín de esfuerzos descoordinados y de impacto limitado.

Nuestro accionar político en la última década es muestra indiscutible de las bondades de esa presencia pública, pero igual lo es de nuestra inmadurez para afectar positivamente ese espacio. En 8 años pasamos de ser una fuerza importante (en la Constituyente y el Senado con Jaime Ortíz Hurtado), a desdibujarnos en pujas internas y la búsqueda de cuotas dentro del partido liberal. Con esta vertiente, como con el *boom* de la teología de la liberación que caracterizó los años 80, sigue planteada la discusión sobre si es pertinente “politizar la iglesia”, o por el contrario, el reto sea “cristianizar la política”.

Entender nuestro papel

La sociedad está llena de estudios sociológicos y de propuestas humanistas; igualmente, la población se ha tornado desconfiada ante todo intento de reconciliación tras la larga lista de asesinatos e incumplimientos que sigue a todo acuerdo de paz. Muchos voceros de la reconciliación, han derivado su papel hacia el provecho personal y egoísta. Los colombianos no deseamos ver en escena más actores violentos, o un conflicto más; la sociedad sólo espera pacificadores.

Somos los embajadores de una nación cuyo Príncipe es de paz. Y nuestro papel es presentar la constitución de esa nación, el evangelio de la reconciliación, en escenarios áridos, desconocedores o adversos a esa palabra.

No necesitamos un sacerdote esgrimiendo teorías sociológicas. Debemos presentar el ejemplo de Jesús a una gran cantidad de hombres y mujeres que disocian su vida en Cristo de su compromiso con la transformación radical de la sociedad. En esta medida, cada cristiano evangélico debe ser un líder en la pacificación de las pequeñas guerras que se libran en el barrio, la empresa, la universidad o el colegio. Está llamado a ocupar los lugares de liderazgo social a partir de su compromiso con esa sociedad; se acabaron los *panderetos* y los *aluyas* de salón; llegó la hora de trastornar al mundo, de afectar a la sociedad desde el amor.

Ofrecer, en lugar de demandar

Una pedagogía cristiana de la reconciliación partirá de asumir con radicalidad el viejo y conocido refrán que dice que “es más bienaventurado dar que recibir”. En todo conflicto, desde el hogar hasta las altas esferas del Estado, hizo carrera la tendencia de exigir al *otro* una serie de requisitos para que “él tenga paz conmigo”.

Así, toda negociación parte de pedirle al otro, “de exigirle 100 para que me dé 50”, y no de expresarle claramente qué ofrezco yo para alcanzar esa paz. Olvidamos que debemos tener “paz con él”. Y que el camino para lograrlo es ofrecerle nuestra paz. Amplificar este principio en el ámbito en que actuemos será una exigencia para el cristiano constructor de paz.

EN UN PAÍS SIN LEGITIMIDADES, CON CRISIS DE REPRESENTACIÓN POLÍTICA, CON DUROS, Y DOLOROSOS PROCESOS DE TRANSICIÓN Y CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA, UN OASIS DE CREDIBILIDAD LO OSTENTAN LAS IGLESIAS.




Liderazgo espiritual o burladero

Es innegable que en un país sin legitimidades, con crisis de representación política, con duros y dolorosos procesos de transición y consolidación democrática, un oasis de credibilidad lo ostentan las iglesias.

El ministerio de la reconciliación, la pacificación de los hombres y la construcción de la justicia no tienen color político ni denominación religiosa.

Sin embargo, es necesario llamar la atención sobre una tendencia en algunos actores del conflicto que buscan hacer de la iglesia una mampara, un escudo para capear la tormenta del adversario.

Hoy, más que una Iglesia como alternativa política o como burladero para el torero en aprietos, los cristianos, todos, estamos llamados a ofrecer al país el liderazgo espiritual que implica una vida fundamentada en Jesús.

Sin duda es tiempo para morir a la indiferencia y nacer a la participación; para sanar a una sociedad enferma políticamente y construir identidades; es tiempo para reír, abrazarse y saltar de gusto pues la esperanza está viva; es un tiempo para coser relaciones, hablar y amar. Es el tiempo para la paz. 

NOTAS

Nota de autor: Preparado con los siguientes textos, como bibliografía sugerida:

La Biblia.

Justicia para todos. Jhon Perkins. Nueva Creación. Buenos Aires.

Esperanza y sufrimiento. Desmond Tutu. Nueva Creación. Buenos Aires.

Los evangélicos y el poder político en América Latina. Pablo Deiros, compilador. Nueva Creación. Buenos Aires.

La fe cristiana frente a los desafíos contemporáneos. Jhon Stott. Nueva Creación. Buenos Aires.

¿Por qué los cristianos en la política? Historia, ideología y programas del Movimiento Unión Cristiana. Jaime Ortiz Hurtado. Edición. Santafé de Bogotá. 1997.

1. Nos distanciamos de la denominación NO GUBERNAMENTAL que se cuelgan estas organizaciones. Muchos argumentos explican el uso de la sigla ONG: movimiento mundial, tradición histórica, alto grado de reconocimiento social, recordación, y la más pragmática: "aunque cambiemos de nombre, así nos reconocen". Todas estas razones, válidas, se quedan cortas ante una verdad mayor: la sigla sólo explica una de las aristas de su carácter, no ser aparato gubernamental, a pesar de que, en muchos casos, se ocupen de asuntos propios del Estado. Definirse por lo que no se es, y además de forma limitada, es un error. Sería más propositivo y preciso identificarse por lo que se es o se pretende: Organizaciones Sociales para el Desarrollo.
2. Nos referimos al contexto evangélico colombiano, toda vez que la iglesia tradicional y sectores de la intelectualidad criolla, han alcanzado altos niveles de interacción y proyección social, con el respaldo de importantes sectores evangélicos europeos.
3. "Trabajen en favor de la ciudad... y pídanme a mí por ella, porque del bienestar de ella depende el bienestar de ustedes". Libro de Jeremías, Capítulo 29, verso 7.
4. Antes de concretarse el cautiverio tras la caída de Jerusalén (587 a. C.), el profeta Ezequiel recibe de Dios este mensaje: "Yo he buscado entre esa gente a alguien que haga algo en favor del país y que interceda ante mí para que yo no lo destruya, pero no lo he encontrado". Libro de Ezequiel capítulo 22, verso 30.
5. Conviendría repasar el texto "Jesús y la realidad política", de Jhon H. Yoder. 1985. Editorial Certeza. Buenos Aires. Una lectura del Nuevo Testamento que muestra la pertinencia de Jesús como modelo practicable de ética social para nuestra realidad latinoamericana, en una época donde tantas palabras se han quedado cortas.
6. "Las escaleras de la paz". Heyde María Durán. Asamblea Permanente de la Sociedad Civil por la Paz. Santafé de Bogotá. D.C. Julio de 1998.
7. Libro de Isaías, capítulo 2, verso 4.
8. Segunda Carta de Pablo a los Corintios, capítulo 5, verso 17.
9. Libro de Jeremías, capítulo 31, versos 12 y 13.

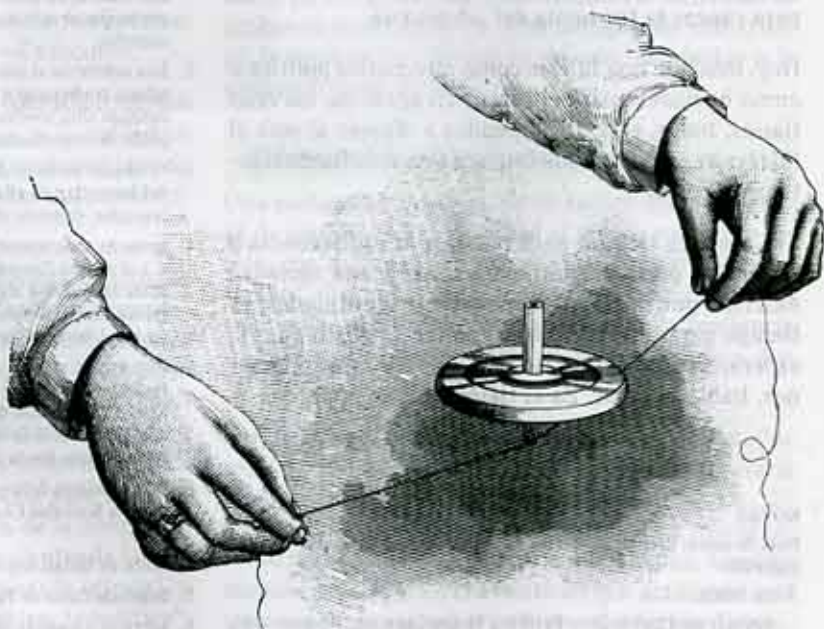
Los colombianos llevamos 35 años viviendo una situación que Daniel Pecaout ha descrito como de "ni guerra ni paz". Una de las posibles claves explicativas de este hecho son las condiciones en que ha estado la sociedad civil en el conflicto armado. De un lado, los bandos en contienda no han logrado dividir, polarizar y absorber a la sociedad como para haber generalizado la guerra; los grupos armados ilegales han perdido la poca simpatía que alguna vez tuvieron y su papel es básicamente de autorrepresentación; el Estado ha sido por dos siglos tan lejano y ajeno a la gente que tampoco recibe su solidaridad. De otro, la sociedad no ha dejado de ser una abstracción frente a la guerra, nunca se ha constituido en parte protagónica que pudiera imponerse sobre los contendientes y sus miembros se han limitado durante décadas a los papeles de víctimas, espectadores o usufructuarios de la misma.

Este punto de partida, constituye una respuesta afirmativa a las preguntas sobre la existencia de espacios en la sociedad colombiana para la civilidad, la opinión democrática e independiente y para la constitución de diversas tercerías necesarias para la solución de esta guerra civil familiar y, por tanto, endémica. Cosa diferente es la multiplicidad de amenazas y debilidades que atentan contra esta posibilidad.

La Sociedad Civil debe reclamar su lugar como tercero activo en esta guerra. Sin su participación no habrá diálogo capaz de resolverla.

La neutralidad activa: POSIBILIDAD PARA LOS CIVILES

Jorge Giraldo Ramírez
Licenciado en Filosofía y profesor universitario

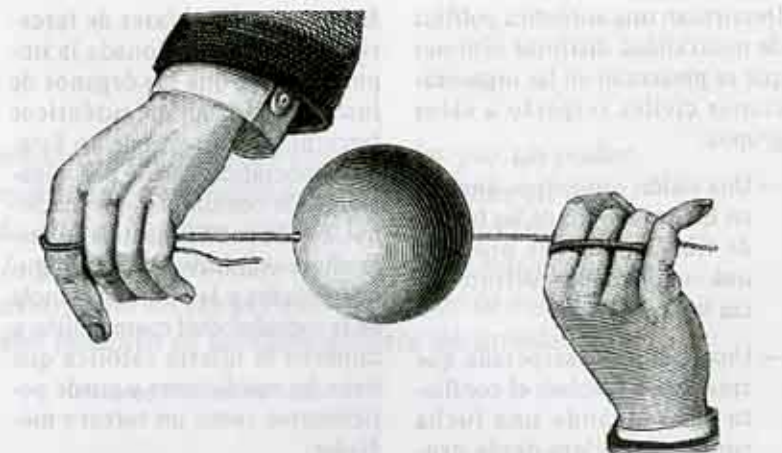


I

En teoría política el supuesto que he planteado exige una explicación a la pregunta ¿por qué la sociedad por fuera, o por encima, del Estado sí, precisamente, el Estado surgió como tercero, como poder que se impuso sobre la discordia existente entre los integrantes de la sociedad? No es una pregunta descontextualizada: frecuentemente las Fuerzas Armadas han invocado el compromiso de la ciudadanía; el dirigente Álvaro Uribe Vélez viene sosteniendo la tesis de que la actual guerra es del Estado y la sociedad contra quienes están al margen de la ley, es decir, una guerra sin terceros.

Este modelo no es aplicable a la Colombia de hoy. Aquí el Estado se construyó a expensas, cuando no en contra, de la sociedad y aunque ha hecho intentos de acercarse a ella, generalmente han fracasado. El Estado ha coartado las libertades básicas de asociación, expresión y movilización que posibilitan el fortalecimiento de la sociedad civil, ha sido incapaz de canalizar el conflicto social y de negociar con los grupos de intereses. De lo primero se desprende que el Estado aún no incluye a la sociedad, de lo segundo que obstruye su fortalecimiento y participación.

En particular, la política del actual gobierno es un atentado contra la existencia de una sociedad fuerte y cohesionada. En política de paz, el gobierno ha ignorado deliberadamente a la sociedad y ha recortado los espacios y el reconocimiento que las organiza-



II

ciones civiles habían ganado. En el plano económico y social, ha continuado las medidas de principios de los 90 que destruyen la base material de los movimientos sindical y campesino, los más tradicionales y organizados del país. En materia de orden público, las autoridades nacionales y locales, reviviendo lo peor del turbayato, han colocado de nuevo a la fuerza pública en el papel de enemiga de quienes llevan a cabo la protesta social.

Hoy en Colombia la sociedad civil democrática no puede apoyar incondicionalmente las instancias del Estado que violan el pacto constitucional de paz de 1991 y socavan los principios del Estado Social de Derecho. Si las clases dirigentes del país se hubieran mantenido fieles al proyecto de Estado planteado en la Constitución, estaríamos avanzando en la dirección de reconciliar el Estado y la sociedad y podría pensarse la resolución del conflicto colombiano a partir de un esquema amigo-enemigo. Este camino no está clausurado, pero la coyuntura presente es desalentadora.

Existen otros dos actores de este conflicto armado que son las guerrillas y los grupos de autodefensa. Estas organizaciones niegan expresamente a la sociedad civil como tercero en el conflicto. Lo hacen declarativamente cuando se autoproclaman representantes del pueblo y desconocen la política de neutralidad; actualmente, cuando atentan contra resguardos indígenas, las comunidades de paz y los defensores de derechos humanos, y violan el Derecho Internacional Humanitario.

El crecimiento de una sociedad autónoma y civilista atenta contra el proyecto de estos grupos de generalizar la guerra. El crecimiento de estos grupos armados atenta contra las posibilidades de construcción de un país democrático y pacífico. Para quienes tengan dudas al respecto, las dictaduras establecidas en la zona de distensión del Caguán y los dominios territoriales de otros grupos, demuestran que, a más de impopulares, los proyectos de los grupos ilegales son indeseables.

Desvirtúan una auténtica política de neutralidad distintas visiones que se presentan en las organizaciones civiles respecto a estos grupos:

- Una visión romántica, anclada en los arquetipos de las luchas de liberación, que propone una conducta benevolente hacia las guerrillas.
- Una postura desesperada que cree poder resolver el conflicto patrocinando una lucha contra guerrillera desde grupos privados.
- Una postura instrumentalizadora, que ante la avidez de las clases dirigentes cree encontrar en la guerrilla, y en una negociación de dos, la única posibilidad de un proyecto de equidad social.
- Una idea abstracta del Estado y jurídica del conflicto, que minimiza el papel de la sociedad civil y exime de responsabilidades a los grupos armados ilegales.

III

En las condiciones actuales del conflicto armado colombiano, las organizaciones civiles democráticas tienen su mejor opción en la tercería.

Existen muchas clases de tercería: antes he mencionado la importancia de que los órganos de justicia se erijan en auténticos terceros, precursores de un Estado democrático; está la participación de la comunidad internacional, con la poco simpática —hasta ahora— intervención de algunos Estados y la pobre presencia de la sociedad civil cosmopolita; y también la iglesia católica que tiene las condiciones y puede posicionarse como un tercero mediador.

Me interesa particularmente, la tercería que pueda desempeñar el gran conjunto de la sociedad civil.

En primer lugar, es necesario hacer que la sociedad civil pase a ser tercero incluido. Hasta ahora una gran parte de la población ha sido el tercero ausente del conflicto; ni participa ni le interesa. La guerra es un hecho ajeno que a veces, como la naturaleza, le afecta en carne propia, pero que considera fuera de su alcance y acción. Es necesario hacer notar la presencia de la guerra como hecho humano, como producto de unas relaciones sociales que hemos construido y que tenemos que modificar, como tragedia que nos reclama para ser resuelta.

En segundo lugar, es indispensable descartar el tercero aparente que son los aliados a los bandos guerreros. Muchos civiles en el país son cómplices, patrocinadores o parte usufructuaria de las acciones de la guerra. Los consensos sin principios que se dan entre las organizaciones civiles deberían destilarse con el propósito de construir un tercero auténticamente neutral y posibilitar un diálogo fructífero con aquellos civiles que pueden interesarse en la paz desde una postura de alineamiento con alguno de los bandos. Hay que construir la diferencia para hacer posible el diálogo, el diálogo permite acortar el camino de la guerra a la deliberación democrática.

En tercer lugar, el tercero neutral en Colombia no puede ser la clásica figura pasiva de las guerras internacionales. Debe ser un neutral activo, en el sentido planteado por Bobbio, que "no está ni entre ni por encima, está en *contra*" de la guerra y encamina su acción para impedir que se propague y para contribuir a resolverla. En este sentido el reto actual es transformar los episodios de expresión de esa neutralidad en un movimiento firme y permanente. ◉



“... mientras los hombres viven sin ser controlados por un poder común que los mantenga aterrorizados a todos, están en esa condición llamada guerra, guerra de cada hombre contra cada hombre. Pues la guerra no consiste solamente en batallas o en el acto de luchar, sino en un período en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada”.

Hobbes, Thomas. *Leviatán*

El conflicto bélico colombiano AMBIGÜEDAD Y TERROR

Ramiro Ceballos M.
Profesor Universidad de Pamplona

A comienzos de los 90 empezó a reconocerse, en el ámbito de la opinión pública colombiana, que estábamos en guerra. No obstante, en círculos académicos se venía estudiando la violencia cada vez más desde la perspectiva de la guerra. La situación parece favorecer este corrimiento de los análisis hacia el rojo sangriento. Naturalmente, las cosas precisan ser matizadas un poco porque normalmente son más complejas que los análisis que suscitan.

No voy a replantear aquí nada importante ni decisivo; solamente procuraré defender la opinión de que la perspectiva de la guerra, es decir, el análisis de los conflictos sangrientos de Colombia, en términos de *Anomia* y *Anarquía*

precontractuales, fácilmente llevan a diagnósticos erróneos y a plantear soluciones insulsas o demasiado moralizantes o incluso retrógradas.

La cita del *Leviatán* plantea de manera abierta, ni siquiera implícita, que la guerra como anarquía es ausencia de poder fuerte, en el sentido de atemorizante. Eso es cierto para los casos en que las guerras se suscitan en la forma de batallas por el orden y como búsquedas de ese sometimiento general al consenso que impone un vencedor. El caso colombiano revela un proceso de empalidecimiento de esta versión de la lucha y el ascenso a la primera escena de una especie de lucha por el desorden en la que la promoción



del caos y la ambigüedad parecen ser el desideratum de la confrontación y no su fisonomía pasajera e indeseada.

También se echa mano de la perspectiva de la guerra para insistir en que la violencia colombiana es guerra en cuanto que es voluntad persistente de confrontación y beligerancia. He omitido la alusión metafórica al tiempo atmosférico con la que Hobbes dice que la guerra es la amenaza de la paz por la belicosidad en la misma medida en que el mal tiempo no es sólo la lluvia sino la amenaza de tormenta¹. Digo a este respecto que eso es válido para describir nuestra vida pública como vida no pacífica, pero a la confrontación armada nacional le queda grande el nombre de guerra porque lo que Hobbes no dice es que para que la guerra sea guerra no es suficiente la zozobra y la sangre. A la guerra la caracteriza de manera esencial también el plan de paz de los guerreros y la identidad de los guerreros como tales. No creo que en Colombia eso sea especialmente claro. Lo contrario más bien es la verdad. Parece que la guerra colombiana se libra también a través de batallas de ambigüedad. No es un detalle despreciable el que los tres ejércitos mayores vistan casi idéntico camuflado.

La idea, pues, de que estamos en guerra y que lo estamos a causa de la anomía y la anarquía precontractuales es doblemente falsa. Estamos en guerra sólo en cuanto no estamos en paz, es decir, Hobbes tiene la mitad de la razón al decir que "... la naturaleza de la guerra no está en una

batalla que de hecho tiene lugar, sino en una disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe hacerse lo contrario. Todo otro tiempo es tiempo de paz"².

La otra mitad de la verdad, y la otra cara de la guerra, es el propósito pacificador de los guerreros, el orden que pretenden implantar.

Cuando la vida pacífica se quiebra, como en Colombia, se ha roto el consenso y se han despreciado las vías pacíficas de confrontación de las opiniones e intereses. En ese momento la figura que emerge es la de la guerra, como voluntad de las partes, agrupadas normalmente en dos bandos, de imponer su visión del mundo forzando el reconocimiento mediante un enfrentamiento a muerte que obligará al vencido a reconocer al vencedor. Esta figura es la de la guerra civil.

En Colombia estamos muy lejos de vivir una situación así. Al contrario, al lado de una tendencia a la polarización de las opiniones y simpatías, se produce una tendencia igualmente fuerte hacia la pluralización de los combatientes, hacia la proliferación de facciones. Además, y esto no es insignificante, la polarización ideológica de la sociedad no discurre como un alinearse las simpatías sino como un acrecentamiento de antipatías y ello confirma la desidentidad de los guerreros.

No estamos en guerra también a causa de que las muertes que se están produciendo, en su mayoría, no son de combatientes y cuando son de combatientes no

**A LA CONFRONTACIÓN
ARMADA NACIONAL
LE QUEDA GRANDE EL
NOMBRE DE GUERRA
PORQUE PARA QUE SEA
GUERRA NO ES SUFICIENTE
LA ZOZOBRA Y LA SANGRE**



ESTADOS UNIDOS DE AMERICA
Y SU ECONOMIA EN EL SIGLO
XXI. EL DESARROLLO ECONOMICO
DE LOS PAISES EN TRANSICION
Y EL PAPER DE LA ECONOMIA
MUNDIAL EN EL SIGLO XXI.



producen el pesar natural por el caído sino más bien la indignación y el desánimo que provocan las muertes inútiles. Ello cuando el periodismo mediocre y medio necrófilo, acéfalo y hemofílico, que tenemos permite que la legítima impotencia social asome su rostro acusador a la escena pública.

Pero la parte más falsa que se esconde en la tendencia que interpreta nuestra violencia en términos de guerra es la que coloca el peso del diagnóstico en la anomia, en la falta de incorporación subjetiva de la norma, en fin, en la desciudadanización de las personas.

Creo que lo contrario es la verdad: No hay desangre y caos (que no guerra) a causa de la anomia sino que ese caos genera anomia y ello como una de sus consecuencias más perniciosas, aunque lo más atroz sea el terror y la muerte.

La polemología, el estudio de la violencia, cuando se inclina hacia la hipótesis de la guerra como anarquía, hace con la confrontación lo que Clausewitz hizo con la política: falacias.

Algunos polemólogos invierten la fórmula de Clausewitz (La política no es más que la continuación de la guerra por otros medios) para analizar la guerra como un ejercicio de la política por otros medios, medios ciertamente indeseables. Pero ello, repito, sólo es cierto hasta la mitad. Pues también en toda situación de belicosidad hay la parte de terror que la sociedad simplemente padece.

Continuando con el paralelismo, si lo que Clausewitz dijo fue que en el dominio de la política seguía habiendo presión, traiciones, amenazas, imposiciones, en fin, fuerza, aunque disfrazada y, por lo tanto, era una guerra por otros medios, también es cierto que no siempre y no toda política se sitúa en ese límite donde, superada la situación de belicosidad abierta, permanece el dominio forzoso, disimulado sólo por la ausencia de hechos de sangre o el disimulo de las prácticas de aniquilación, chantaje y sometimiento forzado.

Esta situación de política como puro disimulo y disfraz de la brutalidad es un ejercicio bastardo de lo político, propio de sociedades que no han estructurado en debida forma su convivencia. Pero no es un destino ineluctable de la política. La fórmula de Clausewitz es un típico argumento falaz llamado falsa dicotomía, que se produce cuando uno se va a los extremos y omite situaciones legítimas intermedias. Es falsa dicotomía decir: "El que no quiere a su país lo odia" o "si no eres parte de la solución eres parte del problema" o "la política no es sino la guerra por otros medios"³.

La política es domesticación (también) de la guerra y así como hay una mala política, como guerra mal domesticada o falsamente superada, la guerra puede ser la situación invertida de una política bien comprendida o simplemente una ausencia de política más los agregados no reducibles a la no política, propios del terror.

Guerra no es lo que se produce siempre que los conflictos sociales no se dirimen, resuelven y tramitan en los formatos de la buena política. De modo que la fórmula de Clausewitz no es cierta ni al derecho ni al revés: la guerra no es tampoco la continuación de la política por otros medios, los medios sangrientos, los medios de la fuerza, los medios del terror, pues no siempre que reina el terror sangriento, como en Colombia, puede decirse que ello se debe a la desarticulación política.

La violencia colombiana es al mismo tiempo una acusación de fracaso de nuestra política, pero no se confunde con nuestro fracaso político. No estamos en "guerra" a causa de que no estemos sabiendo tramitar pacífica y civilizadamente nuestras diferencias. ¿Por qué no ensayamos una vía más simple? ¿Por qué no pensamos que estamos en "guerra" porque hay una economía subterránea y una compleja red de intereses particulares que favorecen la "guerra", en lugar de querer darnos una autoestocada moral decretando nuestro cretinismo político?

Quisiera sostener que es muy fácil caer en ese diagnóstico y que ese diagnóstico es medio insulso, medio moralizante, pero es, además, ocultador. Me opongo, sobre todo, al derivado falaz y extendido según el cual todo se deba a que no sabemos convivir, a que seamos intolerantes y por ello no haya paz. Creo que en 1920, por poner una fecha sin "guerra", sin aguda ausencia de paz, mejor, en 1920, digo ¿seríamos más tolerantes y sabríamos más de convi-

vencia pacífica? Lo dudo. Y dudo que nuestros vecinos (países como Venezuela, Perú, Ecuador) pacíficos o pacificados, sepan más de respeto y tramitación civilizada de conflictos que nosotros.

¿Por qué no pensar más sencillo? Ellos no tienen ejércitos paralelos y proliferación de grupos armados, y por ello están en paz, en paz relativa respecto a nosotros.

Contra Hobbes y contra Clausewitz hay que decir que ni tras el ciudadano está el hombre desnudo como miembro activo de la familia de las fieras, ni tras la no política está la guerra. En relación con Hobbes hay que hacer claridad en el sentido de que su estado de naturaleza, como hipótesis acerca de la vida sin autoridad, tiene un sustento teórico excepcionalmente sólido y lo que ha sido impugnable en la doctrina del Leviatán es que el gobierno fuerte sea el que se sabe sostener por la amenaza al igual que la concesión que tendría el soberano para imponer la paz a cualquier precio.

En Colombia coexisten "guerra" y política, normalidad civilizada y barbarie. Y lo que es más decisivo, los despolitizados no son bárbaros y los bárbaros no son políticos, cosa que tiende a negarse o a no quedar bien clara en los análisis que dan por sentado la muerte de la política donde reina una violencia expandida.

Lo que he dicho tiene, sobre todo, el sentido de reivindicar el derecho de los inocentes y la inocencia de las víctimas inocentes. Pero también es una reivindicación del derecho a permanecer

ESTA SITUACIÓN DE POLÍTICA
COMO PURO DISIMULO Y
DISFRAZ DE LA BRUTALIDAD
ES UN EJERCICIO BASTARDO
DE LA POLÍTICA



neutrales en un conflicto cada vez más bárbaro, cada vez más despolitizado y cada vez más irracional. Hay que defender a quienes simplemente padecen la guerra que otros hacen, muy dudosamente, en nombre de bienes auténticamente públicos y por ende políticos. La lógica de los actores armados es la lógica en las extrapolaciones falaces: Si los civiles no simpatizan con ellos lo más seguro es que los declaren sospechosos o que incluso definan la no colaboración con ningún bando como una aprobación velada de los intereses o políticas de la parte enemiga.

Pero eso no es más que la justificación para sembrar el pánico y utilizar a los civiles en sus propias dinámicas de confrontación, y este proceso es muy difícil de identificar en términos de lucha por representación de intereses, lo cual indica el carácter básicamente impolítico de la violencia colombiana.

La sociedad colombiana no alimenta su desangre violento. ¿Por qué no pensar mejor que son los violentos los que están desarticulando aún más la sociedad? ¿Por qué no explicar, utilizando la navaja de Occam, por la vía más sencilla? Creo que es la lógica de los violentos la que esparce la anomia y no al contrario y las gentes pacíficas y civilizadas, la mayoría de este país, tienen derecho a permanecer neutrales, a no apoyar a los violentos sin por ello ser acusadas de apatía o velada complicidad. Tenemos, eso sí, que trabajar en pro de una salida pacífica y dialogada, porque toda demora de la paz y toda opción en

contra de la solución dialogada, no sólo favorece a los violentos sino que sigue perjudicando a los que no estamos en estado de naturaleza, es decir, a los que, no obstante reconocer padecer una mala política, derivada de una precaria consolidación del Estado de Derecho y de la ley, no optamos por el extremo de declararnos en estado de beligerancia ni pensamos que acentuando el caos por las vías de la barbarie es como se puede alcanzar la paz. ◉

NOTAS

1. Ibidem
2. Ibidem
3. Sagan, Carl, El mundo y sus demonios. Planeta. Santafé de Bogotá. 1998. Páginas. 235, ss.





En la Colombia contemporánea, la vinculación de los narcotraficantes a la lucha política, con la creación del MAS y su aporte al paramilitarismo, contribuyó a multiplicar la guerra sucia. La vendeta se entroncó con las torturas y las desapariciones enseñadas en las, hoy viejas, doctrinas norteamericanas. Y con las perversiones heredadas de nuestras guerras civiles. Y poco a poco, todos los actores del conflicto se contaminaron de sus prácticas negativas. El honor de los guerreros cede ante una aparente eficiencia de la barbarie.

De la lucha revolucionaria al secuestro

La guerrilla colombiana ha tenido la odiosa costumbre de secuestrar para financiar la revolución, y luego para hacer política. Como la práctica no ha sido coyuntural y aislada, sino extendida y endémica, son miles de colombianos los afectados.

En 1981, en hechos que todo el país recuerda, el secuestro de Marta Nieves Ochoa, por un comando

del M-19, dio origen a la formación del MAS - Movimiento Muerte a Secuestradores -. El proceso lo lideraba públicamente el narcotraficante Carlos Lehder, que se presentaba como exsecuestrado.

Proponía, en avisos publicados en los periódicos, la lucha contra el secuestro en "un trabajo paramilitar, con participación de jueces y fiscales, y una fuerza táctica formada por militares, policías, ex-militares, paramilitares y mercenarios extranjeros. Y como complemento se le pediría a los norteamericanos, con la venia de la curia, el "último y más poderoso sistema de sillas eléctricas con incinerador incorporado".

Y recordamos que el MAS desarrolló operativos, detuvo militantes, dio muerte a otros. Y fue el inicio de una cooperación de las fuerza armadas con operativos irregulares que se han prolongado hasta el presente. Pero que, además, secuestró familiares y amenazó niños para conseguir información.

Lehder contaba con orgullo que el MAS mostraba resultados insospechados. "El último rumor es de

LA GUERRA SUCIA Y EL HONOR DE LOS GUERREROS

Alonso Salazar J.
Agencia Enlace

**A la memoria del profesor
Hernán Henao**



que el MAS y el grupo MANO NEGRA están en diálogos para consolidarse en financiación, intercambio de toda clase de información, estadísticas y fotos. Lo lamentable de la MANO NEGRA y el MAS es que no se encuentran en las páginas amarillas”.

Del MAS al paramilitarismo

Al final algunos narcotraficantes se retiraron del MAS, pero otros tantos, como Gonzalo Rodríguez Gacha, El Mexicano, lo convirtieron en una estrategia para enfrentar la guerrilla y lograr control territorial comprando tierras a bajos precios, o expulsando a los propietarios, supuesta base social de la guerrilla. El MAS, como alguna vez lo dijo el presidente López, se convirtió en una razón social bajo la cual actuaban distintas fuerzas.

Diversos sectores se entusiasmaron con el experimento. Esta vía expedita, que asaltaba todos los marcos legales, reemplazaba la incapacidad estructural e histórica de las Fuerzas Armadas para enfrentar la insurgencia y, sobre todo, la negligencia

de la oligarquía para realizar reformas sociales e incorporar vastos sectores de la geografía y de la población a un proyecto de nación.

En el gobierno de Belisario Betancur, el procurador Carlos Jiménez Gómez denunció la vinculación de los militares a prácticas como masacres y desapariciones forzadas. El Magdalena Medio fue el primer teatro del experimento: en pocos años los paras lograron desalojar a una guerrilla que parecía inamovible.

Pero a casi veinte años de iniciado el experimento paramilitar, los resultados son dudosos. La institucionalidad pública está debilitada, las guerrillas, a pesar de la desmovilización de varios de sus grupos, se encuentran fortalecidas. Entre otras cosas por la base social y los recursos que los cultivos ilícitos le han brindado. Las Autodefensas logran controles territoriales a costos sociales altos y su crecimiento lleva implícita nuevas amenazas para la sociedad. Aunque no pudiera simplificarse el fenómeno al narcotráfico son innegables sus vínculos históricos y presentes.

La democratización del horror

Hace unos días el profesor Hernán Henao, director del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, de quien bastaría con decir que era un hombre bueno y comprometido, fue asesinado en la propia universidad en momentos en que desarrollaba una reunión de trabajo.

Nadie reivindicó el asesinato. Quizá no importe quién haya sido. El caso es que los actores armados sienten que triunfan, no porque se derroten unos a otros, sino porque aplastan a los civiles desarmados.

Lo único que se democratiza en Colombia, con un conflicto salido de madre, es la muerte y el secuestro. Todos los actores violan sistemáticamente los derechos humanos: Se hace limpieza social en barrios populares, se secuestra, se desaparece, se mata a personas en estado de indefensión. Y se realiza una práctica desoladora: Pueblos pobres son tomados y sus infraestructuras y viviendas, destruidas. Se hacen recurrentes manipulaciones escabrosas de los cuerpos (matar personas cortándolas con motosierras, deshollar cuerpos, incinerarlos...).

A unos y otros, actores institucionales y no institucionales de la guerra, les irrita el concepto de *sociedad civil* porque quieren una polarización extrema y empujarnos a todos a la guerra.

Del conflicto político a la guerra tribal

Se dice con frecuencia que Colombia tiene la guerrilla más antigua del mundo. Dentro de poco podremos decir también que tenemos las autodefensas más añejas. Pero unas organizaciones irregulares de tantos años tienen el riesgo de convertirse en clanes donde los intereses políticos se desdibujan y adquieren preeminencia las lógicas propias del enfrentamiento, los encadenamientos de venganzas, y los privilegios de los poderes paralelos.

Hace unos meses la revista *Cambio* publicó un informe con las respuestas de diferentes grupos envueltos en el conflicto armado, a unas preguntas hechas por el Comité Internacional de la Cruz Roja. Y al constatar las similitudes titularon en la portada ¿Entonces por qué pelean?. Unos y otros hablan y actúan a nombre del pueblo. No importa al parecer

que la defensa de los intereses del pueblo implique la destrucción del propio pueblo. En la guerra, en ocasiones, las raíces se desdibujan, y como una espiral, envuelta sobre sí misma, pierde los límites y las proporciones.

Lo sintomático de lo que aquí nos pasa, aunque no tenemos grandes distancias raciales o religiosas, es que se actúa con el concepto de limpieza de las guerras étnicas de Europa y África. Y como se hacía en nuestras guerras primitivas de hace una década. La imagen de Barragán, el pequeño pueblo de la cordillera del Valle del Cauca, incendiado; las cabezas colgando de los árboles en Urabá; las muchedumbres de campesinos convertidos en nómadas; nos remiten a la violencia de mitad de siglo, al Cóndor, a los pájaros, a Sangre Negra, a Desquite, cuando pueblo mataba pueblo al grito de *liberales masones* o *godos cachiporros* y se rompían vientres de mujeres embarazadas y se metían los huevos de la víctima en su boca.

Cultura mafiosa

Si Colombia tuviera la fortuna de que el conflicto interno pudiera ser resuelto en las mesas de diálogo aún nos quedará una realidad difícil de enfrentar: El fortalecimiento desmedido de las mentalidades violentas e ilegales, que se produce porque los poderes paralelos que desconocen al Estado no han creado ni instituciones ni mentalidades propicias para los intereses colectivos y mecanismos de regulación social propicios para la convivencia.

Por ello Garay, en artículo publicado en el semanario *La Hoja* de Medellín, habla de la «culturización mafiosa», «como el enraizamiento en distintos ámbitos de intereses individuales por medio de la violencia, el poder de imponer, intimidar y persuadir a otros grupos y al Estado».

Ello contribuye a que la guerra nos remita a un tiempo remoto en el que estaba por fundarse el concepto de nación, de fronteras, de derecho. En el que estaban por fundarse los Estados.

El honor de los guerreros

Si es así, olvidémonos de «que somos la democracia más antigua del continente», y volvamos al inicio. Si



la guerra es inevitable retomemos los códigos que hace siglos se inventaron los guerreros para ser dignos en su oficio.

Retomemos por ejemplo el mandato de Ali Ibn Abi Talib, un califa sobrino de Mahoma: “¡Y cuando hayas vencido, no los apuñales por la espalda! ¡No mates a los heridos ni descubras sus genitales! ¡No mutiles a lo muertos ni desgarres sus velos!” O, de un tiempo más reciente, a Clausewitz, el gran teórico militar prusiano que daba por sentado que incluso la guerra constituía un rito racional, un empleo regulado de la violencia y nunca concibió la matanza indiscriminada de civiles o el asesinato o la tortura de prisioneros, por considerarlas prácticas indignas de los guerreros.

O, un mandato más cercano: Pensemos que Bolívar, en 1821, firmó con el general Morillo el primer acuerdo de regularización de que se tenga noticia en el continente americano. Y castigaba con la pena capital a quien violase el acuerdo, “aun si nuestros enemigos lo violasen”, para que el honor y la gloria de Colombia no se mancillen en sangre.

Derecho humanitario

En 1859, Jean-Henri Dunant¹, un rico suizo que viajaba por el norte de Italia, contemplaba la batalla de Solferino; habían muerto miles de soldados y miles más quedaron heridos. Al atardecer, al cesar la batalla, Dunant vio miles de heridos de ambos bandos en

los caminos y cercanías de las aldeas. Mandó a traer vendas y suministros, reclutó a todas las mujeres del pueblo para atenderlos.

Por iniciativa de Dunant, en 1864 el gobierno suizo acogió la conferencia de dieciséis países donde se acordó que un cuerpo, que portaría la Cruz Roja como símbolo, podría transitar por campos de batalla con inmunidad para atender a los heridos. Y acordaron también que en toda guerra los médicos, las enfermeras, los hospitales, las ambulancias serían neutrales y que se daría igualdad de trato médico para soldados amigos y enemigos. . .

Era un intento de recuperar antiguas tradiciones militares del honor. El acuerdo se ha consolidado en el tiempo y se conoce como Derecho Internacional Humanitario, que es, o debería ser, el código de honor de los guerreros contemporáneos. Que, entre otras cosas, protege a la población no civil, que da garantía a los detenidos, que proscribía el secuestro y la tortura.

Un código para evitar que la guerra, si ha de ser inevitable, no sea al estilo gánster, que enseñaron las mafias, o al estilo tribal, sin límites, sino, aunque suene extraño, una guerra limpia, con guerreros de honor. ◉

NOTAS

1. Ignatieff, Michael. El honor del guerrero. Taurus. Barcelona. 1999.



Hoy, tímidamente, aunque debiera ser con más fuerza dado los acontecimientos, hemos empezado a entender que ya no podemos ser organizaciones neutrales ni de espaldas a lo público.

COMPROMISO PÚBLICO DE LAS ONG

Ana Beatriz Ramírez
Federación Antioqueña de ONG

Las Organizaciones no Gubernamentales son entidades privadas de derecho público. Sin embargo, pareciera que nuestro devenir histórico sólo hubiera desarrollado nuestra naturaleza privada y dejado de lado nuestra naturaleza pública. Con muy pocas excepciones, las ONG en Colombia delimitaron su responsabilidad a desarrollar programas que respondieran a la satisfacción de necesidades básicas en forma individual o grupal. Lo relacionado con lo público, bien en términos de decisiones democráticas, de opinión e incidencia en los planes y presupuestos gubernamentales, de participación en espacios democráticos creados por consenso o por ley, el ejercicio de los deberes ciudadanos y la unión con los diversos sectores para trabajar por causas comunes, estaba totalmente borrado de la agenda. Es más, producía desconfianza, te-

mor o se consideraba antagónico a la misión institucional. Se hace necesario aclarar que ésta situación aún persiste en un amplio grupo de entidades y otras han decidido dar un paso adelante.

Sin embargo, acontecimientos tan fundamentales como la constitución del 91, en el que se hacen visibles las ONG como escenarios de socialización, la conformación de múltiples escenarios donde se debate el presente y el futuro de las ciudades y el país, la angustia que produce un Estado caótico, en el que lo social pareciera cada vez más lejano de las políticas gubernamentales, empieza a relacionarnos con ese otro yo, lo público, que se nos había quedado perdido.

Hoy, tímidamente, aunque debiera ser con más fuerza dado los acontecimientos, hemos empezado a entender que ya no podemos

ser organizaciones neutrales ni de espaldas a lo público. Cuando hablo de este tema, no me refiero a tomar posiciones frente a un partido político o un grupo en conflicto. Me refiero a tomar posición frente a los hechos de la vida del país, plantearlo y hacer lo que estamos seguros nos corresponde para contribuir a la equidad, la justicia, la anticorrupción, el cumplimiento de los planes de gobierno, la definición de propuestas públicas incluyentes, la no aprobación de leyes que implican un retroceso y de apoyo a las que favorecen el desarrollo.

La no neutralidad nos exige tomar una posición frente al tema de la paz. Nos exige demostrar que está impidiendo que se empiece a construir, nos compromete a opinar sobre los factores que están contribuyendo a abrir la brecha de la inequidad, nos con-



voca a unirnos con los demás sectores para expresar los desacuerdos, nos moviliza a realizar colectivamente las gestiones que movilizan la opinión pública y sensibilicen a la población sobre su responsabilidad con el país.

La situación hoy, requiere de ciudadanos y organizaciones que tengan incidencia en la formulación de políticas sociales y que reconozcan que hacerlo es un deber cuando trabajamos con sectores de la población. Su bienestar y desarrollo no sólo lo garantizan la satisfacción temporal o permanente de necesidades básicas y el desarrollo de una capacidad participativa y de sus potencialidades. Se requiere además, la garantía de un Estado de Derecho, en el que se cumplan y garanticen los derechos humanos y la calidad de vida. Ahí está señalado un papel, en el que no podemos ser

pasivos sino propositivos, participativos, constantes y con fuerza.

Lo público, se configura, se arma de manera diferenciada en distintos terrenos de relación social y a partir de un vínculo particular entre diversos actores sociales, enfrentar juntos un problema. Así, lo que define qué es público y qué no es, es precisamente, la manera en que la sociedad piensa y afronta tal problema en un momento determinado.

Es así como hoy, nos queda más que una decisión o una opción, una obligación. Repensar nuestra naturaleza desde lo público y lo privado, realizar proyectos colectivos de incidencia en lo público, crear consensos alrededor de los principales temas de la agenda nacional y repensar el desarrollo social. Para hacerlo, hay que iniciar por fijar posiciones, exponer

nuestro pensamiento al respecto y promover procesos incluyentes y participativos de reflexión y definición de estrategias. Es imperativo transformar la indiferencia por una actitud activa y comprometida con la construcción de los hechos que tienen incidencia en el desarrollo de un proceso de paz. ●

Adpostal *Llegamos a todo el mundo!*

CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRIA
FAX

¡LE ATENDAMOS EN LOS TELÉFONOS!
2430851 - 3490304 - 3415534
800015003
FAX 2833345

HERNÁN HENAO DELGADO
Noviembre 1945 - Mayo 1999



Profesión: Antropólogo
Pasión: Su familia y disfrutar su casa.
Su relajante: Reír
Le encantaba: El ballet, el cine y el teatro
Calidades: Reconocía sus errores, no era rencoroso
Su comida preferida: El típico paísa y el plátano maduro
Escuchaba: Emisora Cultural Universidad de Antioquia

Era un buen hombre

CORPORACION
REGION

CALLE 55 41-10
TEL: (57-4) 216 68 22
FAX: (57-4) 239 55 44
C.E.: coregion@epm.net.co
A.A. 57146 MEDELLÍN - COLOMBIA